



## CAPÍTULO X

### Preparativos del golpe de Estado



LA versión corriente sobre el 14 de julio se reduce poco más o menos a lo siguiente: Funcionaba la Asamblea Nacional. A fin de junio, después de dos meses de negociaciones y vacilaciones, los tres órdenes se hallaban al fin reunidos. El poder se caía de las manos de la corte. Entonces ésta se puso a preparar un golpe de Estado. Las tropas se agruparon alrededor de Versalles, con objeto de dispersar la Asamblea y dominar París.

El 11 de julio, continúa dicha versión, la corte se decidió a obrar: Necker fué despedido del ministerio y desterrado. París lo supo el día 12, y unos ciudadanos formaron una manifestación que recorrió las calles ostentando un busto del ministro caído. En el Palacio Real, Camilo Desmoulins lanzó el grito: ¡A las armas! Los suburbios

se insurreccionaron y forjaron 50.000 picas en treinta y seis horas; el 14, el pueblo marchó contra la Bastilla, que pronto bajó sus puentes levadizos y se entregó... La Revolución ganó su primera victoria.

Tal es la versión usual, que se repite en las fiestas de la República. Exacta sólo a medias. Verdadera en el seco enunciado de los principales hechos, no dice lo que ha de decirse sobre el verdadero carácter del pueblo en la insurrección, ni sobre las verdaderas relaciones entre los dos elementos del movimiento: el pueblo y la burguesía. Porque en la insurrección de París en la proximidad del 14 de julio, hubo, como en toda la Revolución, dos corrientes separadas, de origen diverso: el movimiento político de la burguesía y el movimiento popular. Ambos se daban la mano en ciertos momentos, en las grandes jornadas de la Revolución, por una alianza temporal, y obteniendo las grandes victorias sobre el antiguo régimen. Pero la burguesía desconfiaba siempre de su aliado del día, el pueblo. Así se caracteriza lo ocurrido en julio de 1789. La alianza fué concluída sin buena voluntad por la burguesía, y por lo mismo ésta se apresuró desde el día 15 y aun durante el movimiento, a organizarse para sujetar al pueblo rebelde.

Desde el proceso Réveillon, el pueblo de París, hambriento, y viendo que el pan escaseaba cada vez más, engañado por vanas promesas, trataba de rebelarse; pero, no sintiéndose apoyado ni siquiera por aquellos mismos burgueses a quienes la lucha contra la autoridad real había puesto en primera línea, no hacía más que tascar el freno. Entretanto, el partido de la corte, reunido alrededor de la reina y de los príncipes, se decidió a dar un gran golpe para acabar con la Asamblea y la fermentación popular, y al efecto reúnen las tropas, excitan su entusiasmo realista y preparan abiertamente un golpe de Estado contra la Asamblea y contra París. Entonces la Asamblea, sintiéndose amenazada, deja hacer a aquellos de sus miembros y amigos de París lo que querían, «el llamamiento al pueblo», o sea la excitación a la insurrección popular. Y como el pueblo de los suburbios no deseaba otra cosa, respondió al llamamiento; no esperó la caída de Necker, sino que había comenzado ya a rebelarse el 8 de

julio y aun el 27 de junio. De ese movimiento se aprovechó la burguesía y, lanzando al pueblo a la insurrección abierta, se armó ella misma para dominar la ola popular e impedirle « ir demasiado lejos ». En su marcha ascendente el pueblo insurrecto se apoderó, contra la voluntad de los burgueses, de la Bastilla, emblema y sostén del poder real. Después, habiendo organizado su milicia, la burguesía se apresuró a hacer que entraran en orden los « hombres de las picas ».

Ese doble movimiento es lo que se trata de relatar.

Hemos visto que la sesión regia de 23 de junio tuvo por objeto declarar a los Estados Generales que no eran el poder que querían ser; que el poder absoluto del rey quedaba subsistente; que los Estados Generales nada habían cambiado respecto de ese poder (1), y que los dos órdenes privilegiados, la nobleza y el clero, establecerían por sí mismos las concesiones que juzgarían útiles para

un reparto más justo de los impuestos. Los beneficios que iban a ser concedidos al pueblo *procederían así del rey en persona, y esos beneficios serían: la abolición del trabajo servil (ya practicada en gran parte), de la mano muerta y del pago de la tasa al señor feudal; la restricción del derecho de caza; la sustitución del sorteo por el*



VOLNEY, AUTOR DE « LAS RUINAS DE PALMIRA »

(Del Gabinete de las Estampas)

(1) El primitivo proyecto de Necker atribuía a la Asamblea el derecho de impulsar la Revolución hasta el establecimiento de una carta imitada del inglés. Acerca de esto dice Luis Blanc: « Diéronse prisa a exceptuar de toda deliberación común la forma de constitución que había de darse a los próximos Estados Generales » (*Histoire de la Révolution française*, edit. in-4.º, t. I, p. 120).

alistamiento regular en la milicia; la supresión de la palabra *taille* (pecho, tributo), y la organización de los poderes provinciales. Todo eso, por lo demás, en estado de vanas promesas o, por mejor decir, de simples títulos de reformas; porque todo el contenido de esas reformas, toda la substancia de esos cambios, habían de buscarse aún, ¿y cómo hallarlos sin dar hachazos a los privilegios de los dos órdenes superiores? Pero el punto más importante del real discurso —ya que toda la Revolución iba a girar pronto sobre ese asunto—, era la declaración del rey acerca de la inviolabilidad de los derechos feudales: ¡declaraba *propiedades absolutamente y para siempre inviolables* los diezmos, los censos, las rentas y los derechos señoriales y feudales! Con esta promesa, el rey ponía evidentemente la nobleza de su parte contra el Tercero; pero una promesa de esta extensión reducía la Revolución a la impotencia de toda reforma en la hacienda del Estado y en toda la organización interior de Francia; era conservar íntegra la vieja Francia, el antiguo régimen. Ya veremos después que en todo el curso de la Revolución, la *monarquía y la conservación de los derechos feudales* — la vieja forma política y la vieja forma económica — fueron asociadas en la mentalidad de la nación.

Hay que reconocer que la maniobra de la corte tuvo cierto éxito. Después de la sesión regia la nobleza hizo una ovación al rey y principalmente a la reina, en palacio, y al día siguiente sólo cuarenta y siete nobles se reunieron a los otros dos órdenes. La gran mayoría de los nobles no fué a unirse al clero y a los burgueses del Tercero, hasta que pocos días después circuló el rumor de que cien mil parisienses marchaban contra Versalles, y la presentación de los nobles se debió a la consternación que la noticia produjo en palacio y a una orden del rey, confirmada por las lágrimas de la reina, quien era más acatada por la nobleza que el rey, y acudieron no disimulando su esperanza de ver pronto dispersos por la fuerza aquellos rebeldes.

Todas las maniobras de la corte, todas sus conspiraciones y hasta las palabras de tal o cual príncipe o noble, todo se sabía en seguida entre los revolucionarios; todo llegaba a París por mil canales secretos

que se habían establecido cuidadosamente, y los rumores llegados de Versalles alimentaban la fermentación en la capital. Hay momentos en que los poderosos no pueden contar con sus domésticos, y así sucedía en Versalles. De ese modo, mientras la nobleza celebraba el éxito de la sesión regia, algunos revolucionarios burgueses fundaban en Versalles el

*club Bretón*, que pronto llegó a ser un gran centro de unión y después fué el club de los Jacobinos; a aquel club acudían los mismos criados del rey y de la reina a referir lo que a puerta cerrada se decía en la corte. Algunos diputados de Bretaña, entre otros Le Chapelier, Glezen y Lanjuinais, fueron los fundadores de aquel club Bretón, y de él



MONTESQUIEU, AUTOR DE « EL ESPÍRITU DE LAS LEYES »

(Del Gabinete de las Estampas)

formaron parte Mirabeau, el duque de Aiguillon, Sieyès, Barnave, Petion, el clérigo Gregoire y Robespierre.

Desde la reunión en Versalles de los Estados Generales reinaba en París la mayor animación. El Palacio Real, con su jardín y sus cafés, se había convertido en club al aire libre, donde diez mil personas de todas condiciones acudían a comunicarse las noticias, a discutir los folletos del día, a inspirarse en la multitud para la acción futura.

a conocerse, a entenderse. Todos los rumores, todas las noticias recogidas en Versalles por el club Bretón, eran inmediatamente comunicadas a ese agitado club de la multitud parisiense; desde allí se extendían a los suburbios, y si a veces se agregaba de paso la leyenda a la realidad, la leyenda era la preferida, como sucede siempre con las leyendas populares, que resultan más verdaderas que la verdad misma, puesto que se anticipa, hace resaltar bajo forma legendaria los motivos secretos de las acciones y, por intuición, suele juzgar los hombres y las cosas más justamente que los sabios. ¿Quién, mejor que las masas desconocidas de los barrios bajos y de los suburbios, juzgó a María Antonieta, la Polignac, al rey maula y a los príncipes? ¿Quién los adivinó mejor que el pueblo?

Desde el día siguiente a la sesión regia, la gran ciudad respiraba ya la rebeldía. El Ayuntamiento felicitó a la Asamblea, y el Palacio Real le dirigió un mensaje redactado en un lenguaje guerrero. Para el pueblo, hambriento, despreciado hasta entonces, el triunfo de la Asamblea resplandecía con la esperanza, y la insurrección representaba a sus ojos el único medio de procurarse el pan que le faltaba. Cuando la escasez era mayor y faltaban continuamente las harinas malas y quemadas destinadas a los pobres, el pueblo sabía que en París y en sus contornos había pan de sobra para alimentar a todos, y los pobres se decían que sin una insurrección los monopolizadores logreros no cesarían nunca de matar de hambre al pueblo.

A medida que los pobres protestaban con mayor energía en los sombríos callejones, la burguesía parisiense y los representantes del pueblo temían cada vez más el motín (1). El mismo día de la reunión de los tres órdenes, el 27 de junio, después de la victoria del Tercero, Mirabeau, que hasta entonces se dirigía al pueblo, se separó de él

(1) Los que hacen actualmente los discursos aniversarios de la Revolución prefieren callar sobre asunto tan delicado, y nos hablan de la admirable unanimidad que existía entre el pueblo y sus representantes. Ya Luis Blanc había marcado bien los temores de la burguesía a la aproximación del 14 de julio, y las investigaciones modernas confirman este punto de vista. Los hechos que menciono aquí, referentes a las jornadas del 2 al 12 de julio, demuestran también que la insurrección del pueblo de París siguió hasta el día 12 su línea de conducta independiente de los burgueses del Tercer Estado.

claramente y habló para separar de él a los representantes, advirtiéndoles que se guardaran de los «auxiliares sediciosos». Véase ya el programa futuro de la Gironda que se dibujaba en la Asamblea. Mirabeau quería que ésta contribuyera «al sostenimiento del orden a la tranquilidad pública, a la autoridad de las leyes y de sus minis-



tros». Hasta va más lejos: quiere que se agrupe alrededor del rey, porque el rey quiere el bien; si alguna vez hace el mal, es por engañado y mal aconsejado.

Y la Asamblea aplaudió.

«La verdad es, dice Luis Blanc, que, lejos de aspirar a derribar el trono, la burguesía trataba ya de servirse de él como de un refugio. Renegada por la nobleza, en el seno de los Municipios, antes tan seve-

ros, Luis XVI halló sus servidores más fieles. Cesó de ser el rey de los aristócratas, se convirtió en el rey de los propietarios.»

Ese vicio de origen de la Revolución había de pesar sobre ella —como veremos— todo el tiempo, hasta la reacción.

La miseria aumentaba de día en día en la capital. Necker había tomado bien sus medidas para hacer frente a los peligros de una escasez: había suspendido en 7 de septiembre 1788 la exportación de los trigos y protegía la importación por medio de primas; setenta millones se emplearon en la compra de trigos extranjeros, y al mismo tiempo daba gran publicidad al decreto del Consejo del rey, de 23 abril 1789, que permitía a los jueces y a los oficiales de policía visitar los graneros de los particulares, inventariar sus granos y enviar, en caso necesario, esos granos a los mercados. Pero la ejecución de esas medidas estaba confiada a las viejas autoridades, que es cuanto puede decirse. El gobierno daba primas a los que traían trigo a París; pero el trigo importado era reexportado secretamente, para ser reimportado y percibir la prima una segunda vez. En las provincias, los monopolizadores y logreros compraban el trigo en vista de esas especulaciones: hasta se compraban sobre el terreno las futuras cosechas.

En aquellas circunstancias apareció el verdadero carácter de la Asamblea Nacional. Se manifestó admirable en el juramento del Juego de Pelota, pero ante el pueblo permaneció burguesa. El 4 de julio, a la presentación del dictamen del Comité de subsistencias, la Asamblea discutió las medidas que habían de tomarse para garantizar el pan y el trabajo al pueblo: se habló horas enteras, se presentaron proposiciones; Petion propuso un empréstito; otros propusieron autorizar las asambleas provinciales para tomar las medidas necesarias, pero no se resolvió nada, no se emprendió nada; todo se redujo a compadecerse del pueblo. Y cuando un diputado suscitó la cuestión de los logreros y denunció algunos, tuvo en su contra toda la Asamblea. Dos días después, el 6 de julio, Bouche anunció que los culpables eran conocidos y que el día siguiente se presentaría la denuncia; «un espanto general se apoderó de la Asamblea», dice Gorsas, en el *Correo de Versalles y de París*, que acababa de fundar; pero llegó el

día siguiente, y ni una palabra más se pronunció sobre aquel asunto, que quedó ahogado entre dos sesiones. ¿Por qué? Por miedo—los acontecimientos lo probaron—de revelaciones comprometedoras.



LA NOCHE DEL 30 DE JUNIO

En todo caso, de tal modo temía la Asamblea la rebelión popular, que cuando el motín de París el 30 de junio, a consecuencia del arresto de once guardias franceses que no quisieron hacer fuego contra el

pueblo, la Asamblea votó un mensaje al rey, concebido en términos en extremo serviles, y manifestó su « profunda adhesión a la autoridad real » (1).

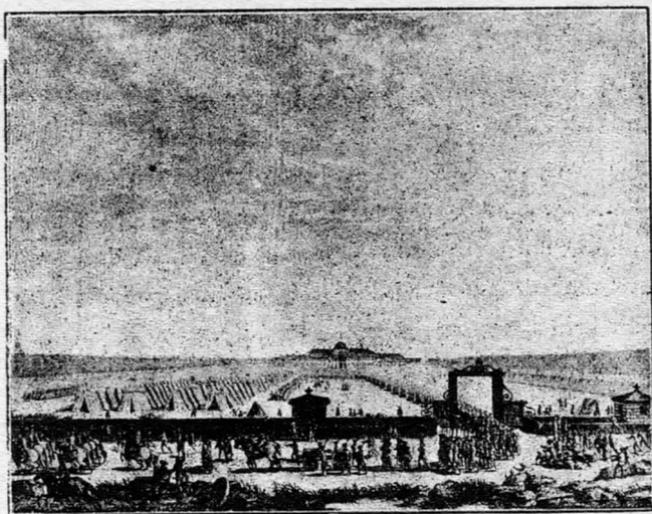
Para que el rey consintiera en dar a la burguesía una parte mínima en el gobierno, se agrupaba en su rededor y le ayudaba con todo su poder de organización a dominar al pueblo. Pero—y sirva de advertencia en las revoluciones futuras—hay en la vida de los individuos, de los partidos y también de las instituciones, una lógica que no puede alterarse por la voluntad de nadie. El despotismo real no podía pactar con la burguesía, que le pedía su parte del poder. Lógica y fatalmente había de combatirla, y una vez empezada la batalla, había de sucumbir y ceder la plaza al gobierno representativo, forma que mejor conviene a la burguesía. Tampoco podía, sin hacer traición a su apoyo natural, la nobleza, pactar con la democracia popular, e hizo cuanto pudo para defender a los nobles y sus privilegios, so pena de verse traicionado por esos mismos privilegiados de nacimiento.

Sin embargo, de todas partes llegaban informes de las conspiraciones de la corte a los partidarios del duque de Orleans, que se reunían en Montrouge, y a los revolucionarios que frecuentaban el club Bretón. Las tropas se concentraban en Versalles y sobre el camino de Versalles a París. En París mismo tomaban posesión de los puntos más importantes en la dirección de Versalles. Se hablaba de 35.000 hombres repartidos en los sitios indicados, a los cuales pronto se unirían 20.000 hombres más. Los príncipes y la reina se concertaban entre sí para disolver la Asamblea, dominar París en caso de insurrección, detener y matar, no sólo a los principales instigadores y al duque de Orleans, sino también aquellos diputados como Mirabeau, Mounier y Lally-Tolendal, que querían hacer de Luis XVI un rey constitucional. Doce diputados, decía después Lafayette, habían de ser inmolados. El barón de Breteuil y el mariscal de Broglie habían sido llamados para ejecutar el proyecto, y ambos estaban dispuestos

(1) «La Asamblea Nacional gime por las turbulencias que en este momento agitan París... se presentará al rey una diputación para suplicarle se sirva emplear, para el restablecimiento del orden, los medios infalibles de la clemencia y de la bondad que son tan naturales a su corazón y de la confianza que su buen pueblo merecerá siempre.»

a obrar. —«Si es necesario que arda París, París arderá»—decía el primero. El mariscal de Broglie había escrito al príncipe de Condé que «una salva de cañones hubiera dispersado pronto a esos argumentadores, y *reinstaurado el poder absoluto que se extingue, en lugar del espíritu republicano que se forma*» (1).

Y no se crea, como han supuesto algunos historiadores reaccionarios, que se trataba sólo de simples rumores. La carta de la duquesa



MOVIMIENTO DE TROPAS EL 12 DE JULIO 1789

de Polignac, hallada después, dirigida el 12 de julio al preboste de los mercaderes, Fleselles, y en la que todas las personas notables estaban designadas bajo nombres convenidos, prueba suficientemente el complot urdido por la corte para el 16 de julio. Si todavía pudiera haber duda sobre el particular, la desvanecen las palabras dirigidas el 10 de julio a Dumouriez, en Caen, por la duquesa de Beuvron, en presencia de más de sesenta nobles triunfantes.

—«¿No sabe usted la gran noticia? Dumouriez,—decía la duquesa.—Su amigo Necker ha sido despedido; por lo pronto el rey

(1) Luis Blanc, *Historia de la Revolución francesa*.

vuelve a ser rey de veras, la Asamblea queda disuelta; vuestros amigos, los cuarenta y siete, quizá a estas horas están en la Bastilla con Mirabeau, Target y un centenar de esos insolentes del Tercero, y seguramente el mariscal de Broglie está en París con treinta mil hombres». (*Memorias de Dumouriez*, t. II, p. 35.) La duquesa se engañaba: Necker no fué despedido hasta el día 11, y Broglie se guardó de entrar en París.

¿Pero qué hacía entonces la Asamblea? Lo que han hecho y harán siempre todas las asambleas en tal situación. Nada.

El mismo día en que el pueblo de París comenzaba a rebelarse, el 8 de julio, la Asamblea encargaba a Mirabeau, su tribuno, la redacción de una humilde súplica al rey; y, suplicando a Luis XVI que retirase los soldados, llenaba la súplica de adulaciones; le hablaba de un pueblo que quería a su rey, que bendecía al cielo por el don que le había hecho con su amor. ¡Y esas mismas palabras, esas mismas adulaciones, fueron todavía más de una vez dirigidas al rey por los representantes del pueblo en el curso de la Revolución!

La Revolución no era comprendida, y todo el empeño de las clases poseedoras consistía en atraerse la monarquía, convirtiéndola en escudo contra el pueblo. Todos los dramas de 1793 en la Convención están ya en germen en aquella súplica de la Asamblea Nacional, firmada algunos días antes del 14 de julio.

